

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL.

Acta de la sesión privada celebrada por la Academia Calasancia el día 3 de Marzo de 1901

Presidida por el Vocal 1.º D. Carlos Francisco y Maymó y con asistencia de bastantes señores académicos, reunióse en sesión privada la Academia Calasancia, leyéndose el acta de la sesión anterior, que fué aprobada.

Dióse cuenta de haber sido nombrados académicos de número para ocupar las cuatro vacantes anunciadas los Sres. Alier, Santamaría, Martorell y Casanovas; el haber sido designado para el cargo de depositario el Sr. Boter y para sub-administrador de la Revista el Sr. Castany; el no haber lugar á autorizar la lectura de una proposición presentada por el Sr. Parpal, por los acuerdos tomados anteriormente por la Junta Directiva y haberse recibido el programa del Certamen de Berga.

No estando en el salón de sesiones los Sres. Burgada y Barella, el infrascrito Secretario, encargóse de la disertación, anunciando que se ocuparía del procedimiento judicial para el cumplimiento de sentencias ejecutorias, solicitando la benevolencia de los señores académicos, toda vez que debía improvisar la exposición del tema de referencia.

Después de exponer el concepto general del procedimiento judicial, situado en la posición que representa una sentencia firme que va á ser ejecutada, señaló las dificultades que dentro del procedimiento español surgían para darle efectividad, constituyendo una nueva cuestión litigiosa, cuando no se trata de pago de cantidad líquida ó determinada ó bien de bienes expresamente designados. La concesión de un plazo para cumplimentar la sentencia considérase como justa y equitativa, siempre que venga acompañada de todas las condiciones necesarias para asegurar su efectividad. Expuso con varios ejemplos prácticos las facilidades que encuentra la mala fe para eludir el cumplimiento de sentencia preparando la insolvencia, y después de comentar los principios que informan el procedimiento español, concluyó sosteniendo que el cumplimiento de sentencia debía limitarse á un mandamiento ó requerimiento hecho por el Juzgado al condenado, señalando brevisimo término para cumplirlo, que desde el momento que se publicaba una sentencia y adquiría la condición de ejecutoria, debía rodeársele de las garantías suficientes para asegurar su cumpli-

miento, suprimiendo este largo trámite que hoy se admite, que en realidad constituye un nuevo litigio, y en el actual procedimiento del juicio ejecutivo encontró principios que con algunas modificaciones podrían constituir el procedimiento especial sumarísimo que requiere una ejecución de sentencia.

La presidencia, después de hacer algunas consideraciones sobre el tema expuesto, anunció para la próxima sesión del día 17 de los corrientes, la continuación del debate sobre la creación del universo.

Y se levantó la sesión.

Barcelona 3 Marzo 1901.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



Acta de la sesión privada celebrada por la Academia Calasancia el día 17 de Marzo de 1901

Presidiendo el Sr. Trabal, reunióse la Academia Calasancia en sesión privada segunda reglamentaria del corriente mes, á la que asistió regular número de señores académicos.

Dióse cuenta de haber sido propuestos para académicos supernumerarios los Sres. D. Juan Ziegler Negrevernís, D. José y D. Ricardo Serra y Borjas y D. Federico Escorriola Bumbau.

También dió cuenta la Presidencia de haberse recibido invitación para los ejercicios espirituales que se celebrarán en el Colegio de los PP. Jesuítas.

Como ningún señor académico pidió la palabra, después de dar cuenta la Presidencia de los asuntos que figuraban en la orden del día, pasóse á la tercera parte de la sesión, en la que el Sr. Burgada, en un elocuente discurso, ocupóse del problema de la creación del Universo expuesto en anteriores conferencias por el Sr. Culilla, haciéndose cargo de varios puntos de vista de la cuestión que trató y amplió con mucho conocimiento, demostrando la verdad que encierra la doctrina católica sobre la creación no desmentida sino confirmada por las modernas doctrinas científicas.

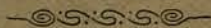
Luego pidió la palabra el Sr. Culilla y, después de felicitar al disertante, manifestó su satisfacción por haber sido la profunda y elocuente disertación del Sr. Burgada, la que completara el tema que en anteriores sesiones había estudiado y expuesto á la consideración de la Academia.

El Presidente resumió la doctrina expuesta por los disertantes, ilustrándola con atinadas consideraciones y felicitando á los señores Burgada y Culilla.

Antes de levantar la sesión, manifestó el Presidente que, atendiendo á ser el día 31 domingo de Ramos y el día 7 de Abril domingo de Pascua lo que obligaría á retardar las tareas académicas, pues hasta el segundo domingo de Abril no podría celebrarse la primera sesión de dicho mes, propuso que el día 24 ó sea el domingo próximo se celebrase sesión, acordándose así.

Barcelona 17 de Marzo de 1901.

El Secretario accidental,
PABLO MORATÓ.



**Acta de la sesión privada celebrada por la Academia
Calasancia el día 24 de Marzo de 1901**

Presidiendo el Sr. Trabal y con asistencia de bastantes señores académicos, reunióse la Academia Calasancia en sesión privada, leyéndose las actas de las dos sesiones anteriores, que fueron aprobadas.

Dió cuenta la Presidencia de haber sido nombrados académicos supernumerarios los Sres. Juan Ziegler, José y Ricardo Serra y Borjas y Federico Escorriola, y sido propuesto D. Ramón Puig y Giralt.

Acordóse también que constara en acta la satisfacción con que la Academia había visto la designación de su Presidente para el cargo de Teniente Alcalde.

Luego el Sr. Parpal pidió la palabra, preguntando por la situación en que se encuentra el Contador-administrador Sr. Boter, é interesando saber si en realidad había dimitido. Contestóle el Sr. Francisco y Maymó y la Presidencia enteró á la Academia de que la Junta Directiva había tomado acuerdos para regularizar la marcha de la administración de la Academia y de la Revista.

Seguidamente usó de la palabra el académico de número D. Miguel Barella para exponer el tema «El derecho de asociación.»

Empezó el disertante manifestando que empezaría exponiendo puntos de vista generales, demostrando la importancia de su tema, concreción del derecho de libertad, que provoca cuestiones que las más de las veces borran en el hecho la igualdad del derecho, siendo ésta una de las del derecho político, que hoy está sobre el tapete.

Trató luego de la historia de esta cuestión, recordando la discusión del derecho cuando la Revolución francesa se afirma hizo la declaración de los derechos del hombre y observó cómo siguió la suerte de sus vaivenes, siendo de notar que el pueblo que con más estrépito lo proclamó lo contraría. La declaración de este derecho se mantiene mientras no está en pugna con el espíritu sectario, que excluye de su disfrute á determinados ciudadanos, aunque esta privación suele encubrirse con una idea de paz, orden é interés público.

Recuerda luego el disertante que negóse la condición de ser el hombre un ser sociable, pero su naturaleza física intelectual y moral demuestra hasta la evidencia que el hombre es eminentemente social, surgiendo de aquí la cuestión de las maneras cómo puede asociarse para cumplir sus fines y cuáles son éstos. Fundamentalmente el hombre tiene un fin, el que asigna la doctrina cristiana, pero por ser así se discute. No se discutirá si existe el fin artístico, científico, etc., en una palabra otras secundarios, se da ancha base para ellos y hasta la facultad de constituir Estados, hasta contrariar á aquel en que se desarrollan, pero cuando se trata del fin espiritual, se discute y hasta se niega, como si estuviera reñido con el interés de todos.

Cuando la Revolución francesa proclamó unos derechos que todos tenían y que de allí en adelante no serían negados por ser innatos, se vió era una fórmula nueva de condicionarlos, que en el fondo era negativa, disolviéndose á título de interés del Estado todas las asociaciones que estimaron convenientes, por lo cual produjo un efecto contrario al que se podía esperar aquella proclamación de derechos. Hace presente el disertante la destrucción de los núcleos que agrupa

ban al trabajo colocando al individuo en situación de sucumbir, acaeciéndose esto también en otros órdenes de la actividad humana, como son en el científico, en el jurídico, en el moral y por supuesto en el religioso, haciendo observar que se distinguen en la coartación ó negativa de este derecho los pueblos tanto como han pretendido ostentar su proclamación. En breve reseña expone el ejemplo del pueblo francés, las sacudidas que su conducta ocasiona en el español, que va á remolque de aquél, y en otros pueblos, á excepción del inglés, que siempre consecuente cuando afirma un derecho lo hace fundamentalmente, rodeándolo de las condiciones adecuadas para que subsista, como pueblo cuyo espíritu eminentemente práctico se refleja en todas sus manifestaciones sociales.

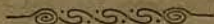
Por último, indicó el aspecto constitucional de la cuestión que se propone tratar, por ser una forma del derecho de libertad, y como á tal es una manifestación social que viene influida por las ideas de derecho que hacen referencia al Estado en el cual vive y se desarrolla. Termina pidiendo se le reserve el uso de la palabra para la sesión próxima, en la cual desarrollará los puntos de vista generales que acababa de exponer.

La Presidencia pregunta si algún académico desea usar de la palabra, y como aun no había transcurrido todo el tiempo destinado á la sesión, el académico D. Francisco Casals recitó una poesía de Vital Aza, que fué del agrado de los concurrentes.

Y levantóse la sesión, quedando reservada la palabra al Sr. Barella para continuar la exposición del tema pendiente.

Barcelona 24 de Marzo de 1901.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



LA ACADEMIA CALASANCIA, en corporación, siguiendo las prácticas piadosas establecidas en el Reglamento, asistirá los días de Jueves y Viernes Santo próximos á los solemnes oficios que en memoria de la Pasión y Muerte del Redentor se celebrarán, á las diez de la mañana, en la Iglesia de PP. Escolapios, comulgando los académicos en el primero de los citados días.

Por la tarde del Viernes acompañará la Academia á la soledad de la Virgen con la función religiosa de la *Tarde Sacra*, en la cual predicará el P. Luis Falguera, escolapio.

Se recuerda á los académicos el deber que tienen de asistir á los indicados actos, pudiendo pasar á recoger á su debido tiempo invitaciones para la *Tarde Sacra*.

Barcelona 20 de Marzo de 1901.

El Presidente,
JAIME TRABAL Y MARTORELL.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



El próximo domingo, día 14, celebrará la Academia sesión privada, continuando el Sr. Barella el desarrollo de su tema.

Lo que se avisa para que los académicos concurren á la misma.

Barcelona 1.º de Abril de 1901.

El Presidente,
JAIME TRABAL Y MARTORELL.

Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.

DOMINGO DE RAMOS

La naturaleza, la humanidad y la Iglesia entera se revisten de sus mejores galas; se adornan espléndidamente y desparraman en este día toda su pompa, magnificencia y majestad.

El sol, los pájaros, las flores, los corazones humanos, los retumbantes cánticos del órgano, las voces graves é imponentes de los ministros del altar, todos exclaman con entusiasmo: *Sanctus, sanctus, sanctus. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna; hosanna in excelsis.*

Jerusalén la santa, la divina, la que dentro de sus muros encierra el inmenso templo de Salomón se apresta para recibir al nuevo Mesías.

El pueblo arrodillado en las calles forma graciosos arcos con palmas y ramos de laurel; alfombra las calles de fragantes rosas, embalsama el aire de sutiles perfumes al paso de Cristo que humildemente cabalgado muestra con cara expresiva la ternura, la bondad y el amor que siente por su pueblo al que bendice agradecido.

Por todas partes los cánticos de hosanna se levantaban al unísono saturados de espirituales melodías que iban á perderse en las azules y elevadas bóvedas del espacio.

Este pueblo arrodillado, prosternado á las plantas de Jesús de Nazaret, agolpado á su paso para besarle los pies ó el borde de su vestido; el que con expresión de cariño gozaba en contemplar á duras penas por entre algún hueco de la tupida multitud su divino rostro... poco tiempo después este mismo pueblo no es el mismo.

Levántase ingrato y furioso contra Jesús y le ofrece las mismas palmas, secas ya, cubiertas de lodo é inmundicia, arrastradas por las calles; pero olorosas aún, sólo que estas palmas ahora son las del martirio. Arremolínase á su paso con el fin de arrancarle de los brazos de los esbirros que lo conducen para consumir por sí mismos su sacrificio; busca con afán alguna rendija entre la muchedumbre para escarnecerle y escupirle al rostro con asquerosa saliva y deshoja traidoramente las perfumadas rosas, dejando á su paso solamente una alfombra espesa, muy espesa de punzantes y dolorosas espinas.

Y cuando Jesús, expirante en la Cruz, dominaba al mundo y esparcía el aroma de su precioso fruto, este pueblo jugábase su desgarrada túnica chorreante aún de sangre y sudor y que pocos días antes se agolpaba y estrujaba para besarla humildemente.

En los oídos de Jesús resonaban con fuerza los gritos de hosanna cuando la última palabra de su boca que el mundo recogía era: *Consumatum est*.

Hosanna in excelsis... consumatum est. ¡Qué diferencia!

Venid á mí, dijo el Señor á las criaturas; dejadlas que á mi sombra crezcan; y las campanas de la Iglesia, fieles intérpretes de sus deseos, las llama con sonoros repiques para que acudan á su entrada en Jerusalén.

¿Y quién podrá pintar la dicha que embarga á estas sencillas almas que con paso precipitado se dirigen al templo y con melíflua sonrisa contemplan las ondulaciones de sus doradas palmas, largas, rizosas y cuyo vaivén apenas si logran sofocarlo entre sus diminutas manos?

Una nostalgia de inocencia y candor parece apoderarse del ánimo de quien las contempla.

Ante la cerrada puerta de la Iglesia permanecen agolpadas agitando nerviosamente las palmas de impaciencia, esperando que el sacerdote las bendiga.

Hosanna corean con voces juveniles como ruiseñores escondidos entre un bosque de palmas y laureles. Hosanna exclaman con agudos gritos y transportes de alegría. Hosanna repiten más y más hasta que los tres golpes dados detrás de las puertas del templo les anuncia la entrada de Jesucristo.

Entonces con un supremo esfuerzo gritan hasta no poder más y al abrirse las puertas de la Iglesia se confunden sus vocecitas con las agudísimas filigranas de las trompetas del órgano.

Después de la bendición el bosque de palmas desaparece por ensalmo desparramándose por la ciudad.

Rendidos de tanto gritar y de las emociones del día se entregan á un dulce sueño que las amorosas madres velan con ternura.

A los pies de la cama colocan con cuidado la palma que durante el día no han cesado de contemplar, libre ya del peso de golosinas.

¡Qué sueño tan bienaventurado deben tener á juzgar por su rostro tranquilo é iluminado por una sonrisa angelical! Sueñan quizá en la palma ó encontrándose ya disfrutando de las felicidades del próximo Domingo de Ramos.

No imaginan que este día es el preludio de una espantosa agonía, de una cruelísima pasión; del martirio de un Dios.

Felices criaturas; un solo domingo de Ramos existe para ellas en todo el año. Para el hombre; cada momento, cada día son preludios de desdichas; cada domingo quizá parece el de Ramos.

J. SANTAMARÍA.

LA MUERTE DE JESÚS

Emisit spiritum (Matth., xxvi, 50.)

I.—La muerte de Nuestro Señor Jesucristo, causa eficiente de la redención del humano linaje, estaba repetidamente anunciada en las profecías de la Ley antigua y representada por sus numerosos símbolos y figuras. Los profetas de Israel habían predicho la muerte del Justo, muerte que en las víctimas de los sacrificios y holocaustos tenía su representación real y sensible; la cruz y la serpiente de bronce levantadas por Moisés en el desierto figuraban y determinaban el modo y forma de esta muerte y el profeta Isaías señalaba con tanta precisión sus pormenores y los de la pasión que debía precederla, que sus anuncios, lanzados con ocho siglos de anticipación, más bien que profecías de lo futuro, parecían ser historia de hechos ya realizados. El mismo Jesucristo, en los últimos tiempos de su predicación, aludió repetidas veces á su propia muerte, y por fin en el día mismo de la pasión el pontífice Caifás, movido de superior espíritu á causa de la elevada representación que obtenía en la Sinagoga, profeta sin saberlo, anunciaba que la muerte de Jesús, que tan rabiosamente deseaban y á voz en grito pedían los judíos, tendría lugar para la salvación de su pueblo. (*Expedit ut unus moriatur homo pro populo* (Joan, xi, 50).

De conformidad con tantos vaticinios, que no eran sino amorosos avisos que de sus eternos designios daba Dios á

los hombres como anticipada señal de sus misericordias, Jesús, clavado en la cruz, después de prolongada agonía, agotadas sus fuerzas por los tormentos de la pasión, dobla su sagrada cabeza y muere. *¡Et emisit spiritum!*

Este es el augusto misterio que hoy propone la Iglesia á nuestra especial consideración. Ante la cruz ensangrentada del Redentor, el hombre no acaba de darse cuenta del exceso de amor, del misterio de caridad, del abismo de misericordia que revela á nuestros ojos deslumbrados la muerte del Hijo de Dios. ¿Por qué, se pregunta el hombre, ha debido morir el que es fuente de la vida? ¿Por qué el que es la vida substancial y manantial de vida eterna, ha querido experimentar en sí mismo los horrores de la agonía y de la muerte? ¿Por qué el que es origen de vida para todo lo que de vida goza, ha llegado hasta permitir que le alcanzase á El la muerte y la destrucción?

Mas esta pregunta tiene dos aspectos muy diferentes y encierra sentidos contrapuestos, según la disposición interior de quien la formula, según es carnal é impío ó fiel y creyente el que trata de indagar la causa de la muerte de Jesús. El incrédulo no sabe encontrar ningún fin bastante ni motivo suficiente para que Cristo hiciera el sacrificio de su vida, y al tratar de establecer su reinado sobre la tierra escogiera medio tan inconducente como es el acabar sus días en un infame patíbulo, en medio del baldón y de la ignominia, con la total dispersión de los discípulos que hasta entonces había logrado reunir. Para estos insensatos, y más que insensatos desgraciados, la muerte de Jesucristo no tiene explicación racional, es un contrasentido que no merece siquiera los honores de la discusión. Hacen vano y estéril el misterio de la Cruz é inutilizan con su incredulidad el sacrificio de salvación y la Sangre divina que, también para ellos, también en favor suyo ha sido derramada.

Ya lo había dicho San Pablo: *verbum crucis pereuntibus quidem stultitia est.* (I Cor., i, 18); la palabra de la Cruz, la predicación del Crucificado, la muerte de Jesús es una insensatez y una locura para los que no creen y perecen en su incredulidad. ¡Compadezcamos á estos miserables, lamentemos el cinismo con que desprecian y tienen por inútil el sacrificio del Calvario y roguemos por ellos al mismo Dios misericordioso á quien desdeñan y de quien blasfeman!

Pero el apóstol San Pablo había añadido: *iis autem qui salvi fiunt Dei virtus est.*; (ibid.) á los creyentes, á los que reconocen en la Cruz la causa y origen de su salvación, esta palabra de la Cruz, esta muerte de Jesús es virtud de Dios que obra en ellos los más grandes prodigios de santificación. Estos son los que al preguntarse amorosamente ¿por qué Jesús había de morir? ¿por qué había de llegar hasta el sacrificio y destrucción de su vida mortal? encuentran abundantes raudales de luz que ilustra su espíritu y enardece su corazón. Sigámosles nosotros y dediquemos algunos momentos á la meditación del Crucificado, de un Dios muerto en la Cruz.

II. — ¿Por qué murió Jesús? ¿por qué Dios en sus eternos decretos quiso sujetar á su divino Hijo hecho hombre á la ignominia de la muerte, á la violenta separación de su Cuerpo y Alma sacratísimos, á la completa extinción de su vida mortal? La muerte, este fin miserable de los seres humanos, este humillante aniquilamiento de fuerzas y actividad á que ha sido condenado el hombre, ¿por qué había de tocar al Hijo del Altísimo? Ciertamente murió Cristo para salvarnos y redimirnos, y satisfacer por nosotros la deuda infinita que teníamos contraída para con Dios por el pecado. Mas absolutamente hablando, enseñan los Padres de la Iglesia que Dios podía haber concedido gratuitamente el perdón al hombre caído sin exigirle reparación alguna y por puro y mero efecto de su infinita misericordia. Mas á fin de que resplandeciese al lado de la misericordia el brillo de la justicia exigió que le fuese dada reparación condigna y resolvió enviar al mundo á su divino Hijo, para que con su cooperación personal diera la satisfacción infinita que el hombre solo no podía dar. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y por nosotros padeció y murió.

No obstante, aún así queda en pie la misma pregunta: ¿por qué el sacrificio de Jesús debió llegar hasta la muerte? El más ligero sufrimiento, una sola gota de sangre derramada, una mera súplica de Cristo Dios, el solo hecho de su obediencia al tomar carne, hubiera bastado al más pleno efecto de la redención, á la completa satisfacción de los derechos de la Justicia eterna. Aquí, pues, surge de lleno el raudal de la divina caridad, aquí aparece incontrastable el torrente de amor que desde las alturas del Cielo se desborda hasta inundar la tierra: bastaba una

gota de sangre, y Jesucristo la da toda entera en el Calvario; bastaba una lágrima y una plegaria, y Jesucristo pasa 33 años en oración incesante y derrama lágrimas abundantisimas y sudor sangriento; bastaba haber recibido la vida y Jesucristo la abandona, y acepta y sufre la muerte. El amor, el amor es quien le ha conducido hasta tal extremo; el amor, más fuerte que la muerte; el amor que como El mismo nos ha dicho, no lo hay mayor que el que sacrifica su propia vida: *majorem charitatem nemo habet*. Si, pues, Nuestro Señor Jesucristo al redimirnos ha querido llegar hasta la muerte, ha sido, ante todo, por el exceso de amor que nos ha tenido. Así la justicia de Dios ha sido satisfecha, ha brillado su misericordia, pero se ha puesto de manifiesto la fuerza del amor, del amor de Jesús, superior á la comprensión de toda creada inteligencia. ¡Oh Soberano Redentor, verdaderamente vuestro amor es inagotable, verdaderamente es insondable el abismo de vuestra caridad!

No es, sin embargo, el amor únicamente el que fulgura en la pálida faz de Cristo moribundo; otras enseñanzas, otros motivos, otras revelaciones se desprenden de la Cruz del Calvario por la fecundidad del acto divino sometido hoy especialmente á nuestra meditación. Santo Tomás de Aquino, á cuya perspicacia nada escapa de cuanto atañe al estudio completo de la Religión, señala para probar la conveniencia de la muerte de Cristo, otras cinco razones que vamos á apuntar rápidamente.

Es la primera la estricta substitución de la Persona de Nuestro Salvador en el castigo que merecía y de que iba á ser redimido el hombre culpable. Porque si la pena merecida por el pecado, según la sentencia del Paraíso, era la pena de muerte, *morte moriemini*: conveniente fué y conforme á estricta justicia que Cristo Nuestro Soberano Fíador y Reparador quedase sujeto exactamente á la misma penalidad y sufriese El la muerte corporal para librarnos á nosotros de la muerte eterna. Y así su satisfacción fué plenísima y sobreabundante, porque no solamente pagó hasta el último ápice, sufriendo rigurosamente el mismo castigo que debía sufrir el hombre pecador; mas también porque la dignidad infinita de la augusta Víctima comunicó á su muerte un valor asimismo infinito, que no podía igualar la muerte de la humanidad entera.

Y satisfaciendo nuestra deuda no nos redimió tan sólo

de la muerte espiritual, si que también nos libró de la muerte corporal, en lo que ésta tiene carácter de condenación y castigo merecidos por el pecado, por cuanto, como dice San Pablo, nos libertó de la triste esclavitud á que nos había reducido la necesidad de morir: *ut per mortem... liberaret eos qui timore mortis per totam vitam obnoxii erant servituti* (Hœbr., XI, 14.) Y aquí entra de lleno otra de las razones por las que, según Santo Tomás, quiso nuestro buen Jesús llegar hasta la pérdida de su preciosa vida para emanciparnos á nosotros del temor de la muerte.

En efecto, la muerte que tan horrorosa se nos presenta naturalmente, no sólo por los sufrimientos que la acompañan, mas también y sobre todo por ser la destrucción de nuestra naturaleza y la violenta separación de los elementos, cuerpo y alma, que constituyen el compuesto humano, elementos formados el uno para el otro, y que por tanto se atraen mutuamente, cosa natural, invencible energía; la muerte, decimos, pierde sobrenaturalmente sus horrores desde que nuestro divino Redentor quiso tomarla sobre sí y con ella nuestros dolores y nuestros sufrimientos. *Languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit* (Isai., LIII, 4.)

Es éste un efecto de la muerte de Cristo en que quizás no fijamos la atención bastante, porque ofuscados por el temor natural perdemos con facilidad de vista la liberación de hijos de Dios que Cristo nos ha alcanzado, eximiéndonos del anatema del Paraíso y borrando y rasgando el decreto que contra nosotros estaba escrito, cuyos trozos fijó sobre la Cruz en prenda y garantía de salvación: *detens quod adversus nos erat chirographum decreti... et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci* (Coloss., II, 14). Ciertó que la muerte nos causa miedo todavía y hasta podría parecer que los impíos, en el fragor de sus vicios y devaneos la temen menos que nosotros los cristianos, que deseamos conservar algún fervor; pero la verdad es que la falsa seguridad en que aquellos viven, es hija de su atolondramiento, y que al cesar éste ante la triste realidad, la necesidad de morir cae sobre su conciencia como losa de plomo que les aplasta y les hunde en la desesperación, al paso que entre nosotros la idea de la muerte cesa de presentarse pavorosa, y hasta llega á hacérsenos simpática á medida que nos aproximamos más á Jesucristo muerto por

amor nuestro. El cristiano fervoroso dice, como Aparissi dos días antes de su fallecimiento, que «morir para quien muere en Cristo, es dormirse entre los hombres para despertar entre los ángeles;» el que además de ser fervoroso se ha entregado al profundo estudio de las verdades sagradas, espera la muerte como revelación de los misterios que por la fe ha entrevisto, y exclama como el P. Suárez en su agonía: «nunca hubiera creído que el morir fuera tan dulce.» Empero el que más próximo á Jesucristo ha recibido más amplia revelación de los misterios de la Cruz, dice con San Pablo arrebatado al tercer cielo: *cupio dissolvi et esse cum Christo*, deseo vivamente morir para habitar con Cristo. De esta manera la Cruz, que al verdadero cristiano le endulza los dolores de la vida, le suaviza y hasta le borra totalmente los horrores y repulsión de la muerte.

Otra razón, según el Santo Doctor de Aquino, por la que Cristo quiso morir, fué para demostrar la verdad de su naturaleza humana, que nunca podía ser puesta en duda desde el momento que se le veía sujeto al dolor y á la muerte; muerte por cierto violenta, para que se viera que no cedía á la enfermedad de la naturaleza, sino al amor del sacrificio; pero, al fin, muerte verdadera para que nunca pudiera ponerse en duda la realidad de su humanidad sacratísima. Y ciertamente, si después de todo tantos herejes y racionalistas han llegado ¡ciegos! á considerar como un mito la existencia de Cristo Jesús, ¿qué no hubiera llegado á ser sin la realidad de su pasión y muerte? Con ella además nos ha enseñado Cristo á sus seguidores á morir, espiritualmente para el pecado, así como El rindió su vida corporal á la muerte, que era pena del mismo pecado: según aquello de San Pablo: *ita et vos existimate mortuos esse peccato, viventes autem Deo*. (Rom., iv, 10.)

Por fin quiso también Cristo morir para demostrar su poder infinito, preparándose la gloria de la Resurrección y para infundirnos á nosotros la esperanza de que después de resucitados por su muerte á la vida espiritual, algún día resucitaremos también por su virtud corporalmente para reinar con El en la eternidad, si cooperamos á su redención, si nos aprovechamos de sus padecimientos, si no permitimos que caiga en balde sobre nosotros esta Sangre generosa, que por la muerte de Jesús nos ha lavado de nuestras iniquidades.

¡Oh Soberano Señor Crucificado, que á tal extremo qui-

sistes llevar el exceso de vuestro amor, completad en cada uno de nosotros la obra de nuestra redención y aplicadnos abundantemente el fruto de vuestra muerte!

F. SALLARÉS, *Escolapio*.

Sabadell, 29 de Marzo de 1901.

EL SANTUARIO DE AMOR

Cielos y tierra lloraban y gemían, conmovióse el globo y tembló, y los fundamentos de los montes se estremecieron porque el Hombre-Dios apuraba el cáliz amarguísimo de su pasión y sufría la más afrentosa muerte, terminando así la obra del Creador.

¡Hermoso espectáculo, grandiosa epopeya imposible de ser comprendida por la humana razón si no va acompañada de la Fe! Un Dios perdonando á quien le ha ofendido, absolviendo á quien le ha injuriado, prometiendo felicidad eterna á quien le ha desobedecido, y realizando todo esto, no solamente por un acto intelectual, no por una palabra, que ello bastara, sino por medio del mayor de los sacrificios, sacrificio de amor y caridad infinitos por ser los de Dios.

La soberbia creó el infierno, la humildad abre las puertas del Cielo; la soberbia convirtió al hombre en el ser más despreciable de la tierra, la humildad lo levanta y dignifica; el hombre atentó contra Dios y Dios colma de felicidad al hombre. Jesucristo clavado en la Cruz consumando el sacrificio redimió á la humanidad, no ofreciendo la Historia de ésta ningún otro ejemplo análogo de tanta abnegación y sacrificio; muere en ignominioso patíbulo, es perseguido como criminal por la justicia humana, es declarado hombre funesto para los intereses de su nación y fanático que guiaba los pasos de sus semejantes por tortuosas sendas, y quien así moría, quien de tal manera era perseguido y calificado era todo un Dios, el Hijo de Dios Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad, ¿cabe mayor abnegación? ¿puede hallarse mayor amor?

Su amor á la humanidad es inmenso, infinito como su ciencia, grande como su misericordia. Y no alcanza sola-

mente su amor á abrir al hombre las puertas del Cielo, cerradas por éste, sino que quiere dejarnos una fuente de consuelo para nuestras penas temporales, un lugar de refugio para nuestras tribulaciones, y permite que uno de los soldados que le guardaban le dé una lanzada en sus pechos, de donde salió agua y sangre para bautismo y lavatorio del mundo.

¡Bendita sangre y bendita herida! aquélla es bálsamo eficaz, lenitivo portentoso para nuestros dolores, ésta albergue de corazones afligidos y una y otra el mayor consuelo para los hombres.

Es la herida del costado, nido donde pueden cobijarse las almas tristes, amparo de los atribulados, consuelo de los desgraciados. Vida de los espíritus, santuario de los justos, puerta del cielo, amor de los amores, compendio de misericordia y como tal augusto manantial de salud y alegría.

Y todo, todo obra del amor. María, la santa entre los santos, la mujer virgen, la Madre de Dios sufre por amor y recoge las primeras gotas de aquella sangre que derramaba el Dios-Hombre, como queriéndonos indicar que Ella es la encargada de distribuirla entre los hombres, cuando al Cielo acuden en demanda de auxilio para penas grandes, y la herida siempre abierta habla á los hombres y les dice: venid á mí, entrad por esta puerta al templo del amor y yo os aliviaré; hijos que lloráis la pérdida de una madre todo amor y bondad, todo virtud y cariño, dejad vuestra aflicción y venid, venid á recoger un átomo de mi sangre para vuestro consuelo; padres que os halláis sin consuelo por haberos arrebatado la muerte el hijo querido, venid, venid y tocad mi llaga y tornará la calma á vuestro espíritu; todos venid á mí, que soy fuente de salud, paño de lágrimas, consuelo de los tristes, santuario de amor...

Y María, lacerado su corazón por crueles tormentos, María la más atribulada de las almas porque pierde el mejor de los hijos, empieza á sentir consuelo al recibir la Sangre sacrosanta y mirando la herida nos indica que allí debemos acudir, que en ella debemos depositar nuestras penas y quebrantos para que la resignación las purifique.

¡Dulce consuelo de las almas cristianas! La mayor de las tristezas, la pena más grande, la que ocasiona la muerte, es pena que consuela, es dolor que vivifica porque á ella va acompañada la oración, la fe y mientras el corazón

gime, el corazón se consuela al decirle la inteligencia: no llores, alma atribulada, que la muerte es vida amando á Dios, es el prólogo de la eterna bienaventuranza.

La muerte que nos alcanzó tan gran bien fué la del Redentor, y por esto el justo al morir muere tranquilo porque va en busca de vida mejor, y no teme la muerte porque para él no es un mal, sino el término de sufrimientos y pesares, el principio de eternos goces.

Confortemos, pues, nuestros espíritus si sufren, considerando el misterio de la Redención y conduzcámoslos al Calvario para que al contemplar la Cruz, pendiendo de ella el Dios-Hombre, encerremos nuestros corazones apesadumbrados en el Corazón Santo, cuya puerta es la herida del costado de Cristo.

C. PARPAL Y MARQUÉS.

A LA CRUZ

SONETO

¡Oh Cruz! bendita Cruz del alma mía,
Que de Jesús al moribundo pecho
En tus abiertos brazos diste lecho,
Durante sus tres horas de agonía,
Recuerda á mi memoria, que algún día
He de morir sobre un madero estrecho;
Entonces séme el puente, que derecho
Me lleve al cielo, que mi pecho ansía.
Siempre mis ojos miren tu figura;
Si en tiempo de dolor y desconsuelo
Igual que en el de júbilo y ventura
Eres mi brújula, mi amor, mi anhelo...
En muerte, sobre el lecho de tortura,
Serás la llave que me abra el cielo.

JAVIER SANTAEUGENIA, *Escolapio*.

EL DOLOR DE LOS DOLORES

Tendiendo está la noche—su negro manto
Y en él el día se hunde—lleno de espanto;
Parece que agobiada—por gran tristeza
Va huyendo de sí misma—Naturaleza:
Si el viento zumba, su eco—es un desmayo,
Si el cielo irradia luces—son las del rayo;
Que hay un dolor sublime—que hasta las rocas
De compasión las parte,—las vuelve locas.

¿No veis allí una Madre?—desencajada
La faz encantadora—y la mirada,
Camino de la tumba—con paso incierto
Va en pos del cuerpo inerte—del hijo muerto;
Del hijo más amante—que el cielo viera,
Al que un pueblo insensible—como una fiera
Se lo arrancó furioso—de entre sus brazos
Y ante sus mismos ojos—hizo pedazos.

¡Y un Dios era aquel hijo!...—¡Ay pobre Madre!
¿Qué nombre hay de martirio—que no te cuadre?
¿Por qué murió?... las llagas—que aun le palpitan
A voces me lo dicen—*amor* me gritan,
Y amor mantiene abiertas...—mas ¡ay! ¿qué has hecho
Amor?... ¡mira á la Madre!...—mira su pecho!...
La hieres sin matarla...—vive... agoniza...

¿Las llagas de una madre—quién cicatriza?
¡Madre desventurada,—quién te consuela

Si hasta con negras sombras—el sol se vela?

¡Murió el sol de tus ojos,—tu Hijo adorado,

Por eso el firmamento—ves enlutado!

¿Y aun le hablas? ¡ay! ¡se ha muerto!—¡no te respondel...

¿Dónde hallarás consuelo,—¡oh Madre! dónde?

El cielo pobre Madre...—¡triste consuelo!

Sin el objeto amado—¡ay! que es el cielo?

¿Y aun vas? ¡ay! mira adonde—tu amor te lanza,

Vas á enterrar el cielo—de tu esperanza;

Vuélvete á casa, ¡oh Madre!—junto á la tumba

Es fácil que tu vida—también sucumba,

Vuelve y entre sus tristes—mudas paredes,

Madre desventurada,—llora si puedes;

¿Poder? ¡ay! ¡no!; que el llanto—es un consuelo,

Y en pequeño alivio—te niega el cielo.

¡Por Dios, Madre no vayas!...—¿no me haces caso?

No vayas por tu vida...—detén el paso...

Dile al amor que acalle...—mas ¡ay! qué digo?

¡Ay! vete, pobre Madre,—yo iré contigo,

Y en tu divina huella—pondré la boca,

Quizás al fin mi pecho—que es una roca,

Se ablance, y si no lloro—con Magdalena

Por tu Hijo amado, al menos—llore tu pena.

Mira, mira la tumba—allá en el huerto,
 ¿No oyes?... ¡ay, no me extrañol...—Es un desierto
 La creación entera—para el que siente
 Despedazada el alma—horriblemente.
 Ya ponen el cadáver—exangüe y frío...
 Mas ¡ay! ¿corres?... detente—que el desvarío
 Te mata... si lo estrechas—entre tus brazos
 El corazón te salta—hecho pedazos.
 ¡Por Dios, basta, Señoral...—¡oh qué tormento!
 Deja... si tu Hijo amado—aun tiene aliento
 En tus convulsos brazos—vas ahogarle;
 Deja, que con tus besos—no has de cerrarle
 Las llagas que amor hizo...—¡son infinitas!...
 Y con tus besos sólo,—tan sólo irritas
 La llaga de tu pecho—la horrenda llaga
 Que há tiempo que incurable—tu vida amaga.
 ¡Por compasión te pidol...—que me laceras
 El alma si te mueres...—¡¡ay, no te mueras!!...
 Si mueres, yo contigo—muero al momento
 De pena y angustioso—remordimiento;
 ¡Que yo le abrí esas llagas!...—¡por tus dolores...
 Por compasión te pidió...—por mis amores...
 Que soy también tu hijo!...—Madre amorosa,
 Vive...—ciérrate, tumba;—caéte losa...
 ¿Que miras? ¡pobre Madrel...—¡¡ya se ha cerrado!!!..
 ¿Te oprime el pecho? ¡ay pobre!...—se ha desplomado
 Sobre él como un enorme—témpano frío
 La losa, el mundo entero...—solo el vacío
 Doquier verán tus ojos...—Madre querida,
 Yo quiero consolarte,—toma mi vida.
 No mires á esa tumba,—vuelve tu rostro,
 Mi pecho es otra tumba...—ve, ya me postro...
 Arranca... ¡ay! mira á tu Hijo,—mi dulce hermano
 Al buen Jesús que un día—maté inhumano...
 Mi corazón se parte...—mira su centro
 Mira á Jesús que vivo—palpita dentro...
 Mira, Madre del alma,—mira ya le amo,
 Lo dice el llanto hirviente—que ya derramo.

ROMUALDO ZUGASTI, *Escolapio*.

EL TRIUNFO DE LA RESURRECCION

¡Aleluya! sí, ¡aleluya! canta la Iglesia regocijada, vestida de fiesta; luciendo sus mejores galas, dejados á un lado los hábitos de luto y penitencia. Alegraos, mortales, alegraos, exclama transportada de júbilo, pues la causa no es para menos. Cristo ha resucitado según lo había

anunciado. Su triunfo es vuestro triunfo. Levantaos de la abyección y de la materia, alzad vuestros cuerpos pegados á la tierra, levantad la vista y contemplad Cristo es ha regenerado; Cristo ha roto vuestras cadenas; sois libres; sois otra vez hijos de Dios. Satanás vuestro tirano, ha sido arrojado al abismo y su imperio y señorío sobre la tierra como edificio destartado, se bambolea y está próximo á desplomarse con estrépito. No más tiranía, no más esclavitud. Por vuestros enormes crímenes, que eran á la vez vuestros verdugos, ha satisfecho cumplidamente el Verbo encarnado; la justicia divina exigía reparación, y la justicia divina se da por superabundantemente satisfecha con la sangre de un Dios. Erguid, pues, vuestras cabezas, reyes de la creación destronados; elevad vuestros ojos al cielo, abiertos ya de par en par; tomad posesión de aquella vuestra patria, de la que fuisteis en otro tiempo desterrados. Todo os lo ha merecido Cristo; entonadle, pues, un cántico de loores, y acciones de gracias ¡Aleluya! ¡aleluya!

Asomó ya por Oriente la aurora del más hermoso de los días. La noche ha arrollado su velo de sombras fantásticas, de espantosas vislumbres, de quimeras, de tenebrosidades y lobregueces. Las estrellas se ocultan lentamente, y por momentos su fulgor sanguíneo va atenuándose absorbido por ráfagas de vivísima luz, que desde Levante se dilatan por la inmensa bóveda del firmamento, limpia como nunca, hermosa, diáfana, transparente. La luna, próxima á hacer su lleno, esconde también su disco ensangrentado allá en la región opuesta; las nubes, que desde la muerte de Jesús parecían destilar sangre, hanse replegado en los ángulos del mundo; la naturaleza, toda sobrecogida de espanto, empieza á animarse; el viento ya no sopla furioso; la mar ya no brama; los elementos todos han depuesto su enojo; hase descornado, en fin, el inmenso sudario de luto y horror que cubría nuestro planeta; éste está bello y risueño, como el día en que Dios Criador, encontrándolo bien hecho, lo lanzó á rodar por los espacios insondables del Universo.

Entretanto, miles de espíritus angélicos, saliendo del retraimiento y asombro en que estaban con motivo de los recientes sucesos, enjugado el llanto que les produjera la muerte de Jesús, bajan al sepulcro formando compactos escuadrones, afinan ya sus mejores instrumentos músicos,

y se disponen á entonar á Cristo vencedor el más grandioso de los himnos triunfales de su numeroso repertorio. La claridad del día va en aumento, y las colinas y los valles coloréanse con los más variados tintes; al halago plácido del aire matinal se yerguen las plantas en sus tallos, y empiezan á exhalar efluvios de fragancia que embalsaman el ambiente; las aves en las ramas de los árboles y los animales en las soledades del desierto, desesperézanse y se agitan convulsivamente como para sacudir el letargo de sus miembros entorpecidos. Desde la cima del monte Calvario descúbrense ya distintamente los edificios de la ciudad deicida; un vago y confuso rumor que va creciendo por instantes, nos dice que allá abajo también el hombre ha dejado el lecho, y, según es la variedad de voces y ruidos inusitados que se perciben, debe sin duda prepararse para una gran fiesta. El hombre, sólo el hombre, olvidado ya de la tragedia del Calvario, absorbida su atención por los preparativos de la Pascua, deja de tomar parte en ese inmenso concierto de melodías inefables, de esplendores, de alegrías y sonrisas con que los seres todos de la creación, como dándose cita, se disponen á festejar el triunfo del Redentor.

La hora pronosticada por el Salvador ha llegado ya. Es la hora en que el primer rayo del sol naciente dora y se refleja en la cúpula del Templo de Sión, de aquel templo que es el alma del pueblo de Israel, compendio de su historia, fervorosa oración de aquel pueblo escogido grabada en piedra, verdadera maravilla del mundo por su riqueza y suntuosidad, por sus torrecitas y caprichosos capiteles, por sus marmóreas arcadas y columnas cubiertas de finísimo oro.

El cuerpo sacratísimo del Redentor estaba en el seno de la tierra amortajado en una limpia sábana, rodeado del silencio y de las tinieblas, fríos y rígidos sus miembros sin señal alguna de descomposición, frescas y lozanas sus heridas; y el Verbo Eterno, que galardona á los justos en la medida de sus méritos, que resucitará á todos en el último día, para que no sólo las almas, sino que también los cuerpos, participen de la dicha ó desventura que cada uno haya merecido, ¿cómo había de permitir que su sagrada Humanidad permaneciese por más tiempo en el sepulcro sin recibir el premio y exaltación proporcionados á sus méritos infinitos? El, que es fuente de vida, ¿cómo había

de consentir que aquel cuerpo que El había tomado para redimir al hombre para darle la vida de la gracia, para resucitarle, fuese por más tiempo del dominio de la muerte? Y si Dios premia á cada uno según los méritos contraídos, ¿acaso los merecimientos de la santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, no eran de tal naturaleza que la colocasen sobre todos los seres creados? Sí, y por eso el Verbo de Dios desciende al sepulcro, entra en aquel divino cuerpo, y empiezan los rayos de su divina influencia á comunicar calor á aquellos miembros helados, á darles movimiento y vida, á cicatrizar sus heridas, á limpiarlo de las inmundicias y de las manchas de sangre, á hermosearlo con los dotes de la claridad, impasibilidad, sutileza y agilidad para colocarlo en la mansión de la gloria, á la diestra de Dios Padre, que es su lugar propio.

Levántase, pues, aquel cuerpo hermosísimo de tal manera influido por la Divinidad, despréndese de los envoltorios y ligaduras, y apartando, cual si fuese leve arista la pesada losa que cerraba el sepulcro, deja aquel lugar de silencio y de muerte, y sale fuera radiante de hermosura circuido de una aureola de vivísimos resplandores, que ofuscan y hacen rodar por el suelo confusos y atemorizados á los soldados encargados de su custodia.

Entonces es cuando aquel ejército de espíritus bienaventurados, después de adorar reverente á su Criador, prorrumpe en aquel himno sublime, que difunde por los aires diluvios de armonías arrancadas de sus bien templados instrumentos y de sus voces afinadísimas. Entonces es cuando la naturaleza toda siente estremecimientos y palpitaciones de gozo y entusiasmo; la tierra oscila sobre su eje, y los montes y los valles que en la muerte del Justo se conmovieron de espanto, saltan entonces de júbilo. Entonces es cuando sonríe el sol, que acaba de ostentar todo su disco por encima de las montañas de Levante; y sonríen también los campos y las ninfas de las aguas, y mil variados pájaros que guiados por un misterioso reclamo y saltando de árbol en árbol, de rama en rama, habíanse congregado aleteando alegres en torno del Calvario, desatan sus gargantas, en las que la voz se había anudado tres días antes, y prorrumpen en abigarradas coplas de un entusiasmo delirante.

Gloria entonan los ángeles, gloria la creación entera, gloria los seres todos de consuno; gloria á Cristo vencedor

es la nota saliente, única en ese concierto universal, en esa aglomeración de armonías y bellezas, que de los cuatro ángulos del mundo acuden en torno del Redentor para festejar su victoria.

Triunfo cabal y completo el triunfo de Jesús. Dios ha querido recompensar á su Hijo con una exaltación gloriosísima, poniendo con ella el sello á la obra redentora que al enviarle al mundo le confiara; Dios ha colocado á su diestra á Aquel que con su pasión se anonadó hasta la muerte y muerte en Cruz; y ante El se postrarán de hinojos el cielo, la tierra y los mismos infiernos, y toda lengua proclamará que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria del Padre.

¡Aleluya! canta la Iglesia, alegraos, mortales; pues también vosotros habéis resucitado con Cristo; con El subisteis á la cruz, en donde quedó clavado el decreto de vuestra condenación eterna, y en donde fueron borrados vuestros pecados con la sangre del Cordero sin mancha; con El resucitáis ahora á una nueva vida, á la vida de la gracia. Y si pues habéis resucitado con Cristo, nos dice la Iglesia haciendo propias las palabras del Apóstol: buscad las cosas arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios; gustad las cosas de allá arriba, no las de este mundo; para que Cristo, causa de vuestra resurrección á la vida de la gracia, lo sea también á la vida de la gloria; para que El después de resucitar vuestros cuerpos, os conduzca á las mansiones eternas, os transfigure, os llene de sí mismo, de manera que quedéis endiosados, anegados en un océano insondable de los más puros deleites, y cantando por una eternidad de eternidades aquel himno apocalíptico: Digno es el Cordero que fué inmolado de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición.

E. MAURI, *Escolapio*.

MEDITA, ALMA TRISTE!

A mi querido amigo Antonio Bruna y Danglad, con motivo de la muerte de su amada madre

¡Ay, amigo del alma, cuán triste es esta vida! Tan triste que parece sea la tristeza misma, velada de cuando en

cuando por la indiferencia del presente, y por la alegría de la esperanza.

Pero esa tristeza es á veces tan profunda que nos deja huellas que no se borran, como no se borrará jamás de mi mente el recuerdo de aquel día en que por desgracia nos reunimos varios amigos del colegio para una misión tan triste como la de acompañar á la que fué tu queridísima madre al lugar del eterno descanso.

Jamás me olvidaré de la profunda tristeza que gravada en vuestros rostros, tanto dejaba adivinar.

¡Oh! Cuántos recuerdos se agolparían en tu imaginación; recuerdos que en otras ocasiones te llenaban el corazón de dicha; recuerdos que una vez perdido para siempre el ser que los evocaba, no te servirían más que para torturar más y más tu triste alma.

¡Ay, amigo mío! cree que jamás ha sentido mi pecho tristeza tan profunda como la que lo embargaba durante tan triste ceremonia. ¡Y como no había de ser así, si jamás me había encontrado en el caso de acompañar á un amigo del colegio como tú, en tan duro trance!

¿No recuerdas los años que pasamos bajo el mismo techo, comiendo en la misma mesa, de lado nuestro asiento, de lado nuestro cuarto, bajo la dirección de aquel bondadoso padre Luis, también presente en la ceremonia?...—¿No recuerdas las clases á las cuales asistimos juntos?—¿No recuerdas aquel agradabilísimo rato de caligrafía, del que día por día gozábamos, también dirigidos por el padre Luis? Allí en medio de la grandiosa sala de dibujo, sólo cuatro ó cinco alumnos, con el padre Luis; de aquellos ratos á los que debes una exactísima copia del retrato de la que ahora lloras...—¿No recuerdas las veces que juntos bajamos á ver á nuestras familias?

Sí lo recuerdas, sí, aquello no se olvida jamás.

Si durante tantos años hemos sido, mejor que amigos, hermanos ¿cómo quieres que ahora que lloras la pérdida de aquélla que por parte tuya era causa de nuestras alegrías al bajar juntos á la *visita*, cómo quieres que no llore contigo? ¿Cómo quieres que no sienta en mi pecho una profunda tristeza?

Si después al salir del colegio por una casualidad te veo habitando el mismo piso que habitáramos nosotros los primeros años de nuestra estancia en Barcelona, el mismo piso donde lloramos la muerte de la madre de mi madre,

la muerte de dos hermanitos míos... Si la casualidad se empeña que ahora vivamos también de lado, después de salidos del colegio; si por esa misma casualidad los dos recordamos tiempos de nuestra niñez pasados bajo un mismo cielo azul, rodeados de una misma campiña, respirando un mismo aire embalsado por el aroma de las mismas plantas tropicales, abrasados por el mismo sol, allá en las Antillas... ¿Cómo quieres que no llore contigo la pérdida de l ser que te dió la vida?

¡Ay, amigo Antonio!... créelo, créelo jamás he sentido pesar tan grande.

Jamás olvidaré el momento aquel, solemnisimo, en que uno de nuestra familia, nuestro preceptor durante largos años, el buen padre Luis, nos dirigía la palabra allí en el campo de la eterna paz y eterno descanso. ¡Siempre, siempre recordaré la tristeza grabada en el rostro de aquel mismo, con el cual también hemos vivido juntos tanto tiempo, aquel cuya voz oímos juntos tantas veces, en el oratorio, en la sala de estudio, en los corredores, en nuestros juegos y estudios, en fin, á todas horas de todos los días de tantos años! ¿Cómo no me había de impresionar? Sí, allí éramos dos familias que sufríamos al oír su oración fúnebre. Dos familias, sí; la que completabas tú con tu querido padre y hermano y tíos, y la que formábamos los dos con el padre Luis.

¡Qué impresión más honda me causaron sus palabras en aquel momento! — ¡Cuánto me costó reprimir las lágrimas al evocar allí el padre Luis tantos recuerdos para ti, amigo mío, y para tu familia!

Al comenzar su oración me sugestionó el recuerdo del timbre de aquella voz, oída por los dos tantas veces y en tan distintas ocasiones, aquella voz que jamás oímos alterada por una tristeza tan profunda como en aquella ocasión, aquella voz evocando el recuerdo de la que fué *solicita madre, esposa fiel*... pidiendo á los allí presentes, una oración por el eterno descanso de su alma...

.

Basta, amigo mío; basta de recuerdos tristes y ahora que desembargado de pesar por las lágrimas que tanto bien hacen al alma, ahora que ya algo más serena tu inteligencia se presta á meditar, déjala salir de la prisión de las penas, y que emprenda el vuelo en busca de la verdad

para que pueda gozar del placer de encontrarla. Indícale el camino de la meditación, dale las instrucciones necesarias; dile que la materia no ha salido de la nada por su propia fuerza; que un Ser la creó y dotó de fuerza para evolucionarse; que ese Ser creó los animales, las plantas, el hombre; que á ese hombre le dotó de una célula nerviosa maravillosa, muy fea, que parece una araña; pero muy útil, pues por sus funciones le deja comprender la existencia de un Creador; y por sus funciones le deja comprender que ese Creador le ha hecho de *vida pasajera* por alguna *cosa*... que esa *cosa* por la cual le ha hecho de *vida pasajera*, no es un capricho del Creador, pues en el Creador no caben caprichos; que esa *cosa* no puede ser otra que el placer de contemplar el Creador á sus criaturas más perfectas, á su lado, libres de la maldita pesadilla del *tiempo*, de ese fantasma que nos forjamos para sufrir, para gozar, y que consideramos tan grande, siendo en realidad tan mezquino, que el Creador al llevar junto á sí á las criaturas les borra la sombra de esa pesadilla, pues las quiere sin *tiempo*... las quiere para siempre.

Da todas estas indicaciones á tu inteligencia; que recorra todo este campo, y verás como del instrumento *material* de tu inteligencia, de esa maravillosa célula nerviosa de tu cerebro, no salen más excitaciones que provoquen en tu ser la penosa sensación del recuerdo triste; verás como ese precioso instrumento del alma perfeccionado por su ejercicio al saltar de una á otra de las anteriores consideraciones, pondrá delante de los ojos de tu alma la imagen de tu madre querida, no atrás, no en el mundo, no en tu hogar, sino en la segunda parte de la vida, en la realidad de la vida, en la meta de la vida; la verás junto á Dios y verás como Dios se recrea contemplando aquella criatura suya que acá en la tierra fué tu madre querida, y entonces dirás:

¡Dios mio, bendito seas!

JUAN MARIMÓN CARBONELL

Barcelona Marzo de 1901.

LA REPÚBLICA ARGENTINA

II

La República Argentina limita al *Norte* con Bolivia y con el Paraguay. Con este último país hubo una cuestión de límites en 1876, que resolvió como árbitro el Presidente de los Estados-Unidos de Norte-América en 1878. Con Bolivia se han celebrado varios tratados de límites, que ya están definitivamente señalados.

Por el *Sud*: confina con la confluencia de los dos Océanos y con Chile. En 1881 se firmó un tratado con Chile, cediéndole parte de los terrenos disputados, pero no dándole ningún puerto ni trozo de costa en el Océano Atlántico.

Por el *Este*: limita con el Océano Atlántico, República Oriental de Uruguay y Estados-Unidos del Brasil. Con este último país, arregló como árbitro una cuestión de límites el Presidente de los Estados-Unidos de Norte-América, Mr. Cleveland.

Por el *Oeste*: con Chile, sirviendo de línea divisoria la cordillera de los Andes según el tratado de 1881. Actualmente está sometida al arbitraje del Gobierno inglés, la cuestión de límites entre las dos Repúblicas andinas y que estuvo á punto de hacer estallar una guerra entre ellas.

No estando perfectamente marcados los límites del territorio argentino, no puede saberse con exactitud su extensión, sin embargo puede calcularse en 3.000,000 de kilómetros cuadrados.

El clima de la República es en general templado y sano. Sin embargo, debido á su gran extensión se encuentran todos los climas, y en el Norte, el calor se eleva á temperaturas tropicales, y en el Sud reina gran frío por la proximidad á las regiones polares.

Los sistemas orográficos de la República son cinco: Primer sistema, Andino, dividido en dos: el ramal central y el ramal occidental, y en él se encuentran los picos de Aconcagua, Maipu, Tupungato, Juncal y otros no menos elevados é importantes. El segundo, lo forma la sierra de Aconquijá y sus ramales. El tercero, el sistema de monta-

ñas de Córdoba y las sierras de la Puntá, Sulolasta, Pacanta, etc. El cuarto, lo forman las sierras del Candil y demás sierras de la provincia de Buenos Aires, y el quinto, lo forman las sierras de Misiones.

No entro en detalles de citas de montañas, picos y alturas correspondientes, por ser un trabajo que, á mi juicio, para un pequeño resumen como este, no tiene ninguna utilidad, y haría además el trabajo interminable.

Corresponde ahora señalar los diversos sistemas hidrográficos del territorio argentino. El primero, por su importancia, es el del Plata, formado por los caudalosos ríos de la Plata, Paraná, Uruguay, Paraguay, Salado del Norte, Salado del Sud, Tercero, Bermejo, Pilcomayo, etc. El segundo es el llamado sistema Central, formado por los ríos Primero, Segundo, Cuarto y Quinto; los cuales son de poca importancia y no son caudalosos como los del sistema anterior. El tercer sistema lo forman los ríos de la Cordillera, siendo los más importantes el San Juan, el Mendoza, el Tumyan, el Diamante, el Atuel y el Desaguadero. Y el cuarto sistema lo forman los ríos de la Pampa y de la Patagonia, entre ellos son importantes el Colorado, el Negro, el Chubut, el Santa Cruz y el Desado.

Entre los innumerables lagos y lagunas que se hallan en el suelo argentino, citaremos los más importantes que recordamos. En la provincia de Jujuy hay dos lagunas de agua salada, llamadas lagunas del Toro y de Casabindo; en la provincia de Catamarca se hallan las lagunas de la Colorado y la Blanca; en la provincia de San Juan, están las de Guanache y los Patos y otras más pequeñas; en la provincia de Córdoba se hallan los bañados de Mar Chiquita y la laguna de los Porongos; en la provincia de San Luis, se halla la célebre laguna del Bebedero, de agua salada, y que tiene 9 leguas de largo por 6 de ancho; en Corrientes existe la laguna Iberia, que es un vasto receptáculo de aguas que tendrá unos 22,000 kilómetros cuadrados. No es navegable y hay en esta laguna una vegetación asombrosa de plantas y árboles entretejidos que dificultan su acceso, y además está infectada de *gacaré*s y no se sabe aún positivamente si comunica con el río Paraná como aseguran algunos. En Corrientes hay también las lagunas y bañados de Malhoya, que son muy extensas pero de muy poca profundidad. En la provincia de Santa Fe hay las la-

gunas de las Víboras, la del Cristal y la de Santa Fe; en la provincia de Buenos Aires hay varias pequeñas lagunas, siendo de las más importantes la de Chascomus, donde se pesca en gran cantidad. En la gobernación del Neuquense hallan la de Trarú Lauquen y los Huechu y Lacar, y el gran lago Nahuel Huapi, del cual sale el río Limay, y en la gobernación de Santa Cruz, se hallan inmensos lagos, escalonados muy próximos á la Cordillera, que son el Buenos Aires, San Martín, Viedma y Argentino.

El número exacto de habitantes de la República Argentina no puede precisarse por el constante movimiento inmigratorio. En la actualidad se calcula en 5 $\frac{1}{2}$ millones de habitantes, teniendo capacidad para sostener fácilmente por sus riquezas naturales 200 millones de habitantes. En las provincias que componen la región interfluvial, la población desciende principalmente de europeos y en el interior domina el elemento cruzado de indio y europeo, el tipo criollo ó mestizo. En cuanto al carácter argentino dice el Sr. Napp: «Allí se encuentra aún aquella antigua hospitalidad de que nos hace mención el Viejo Testamento y hombres incansables para todas las fatigas, modelos de suficiencia, de valentía, de amor á la patria y de magnanimidad. Los hijos de la República Argentina muestran un supremo desdén á la muerte, y son valientes hasta la exageración, y esta misma virtud, cuando las costumbres están corrompidas, puede llegar en algunos casos hasta hacer estimar en poco la vida del prójimo.... El argentino es benévolo y afable con el extranjero, al cual se le conceden los mismos derechos civiles que á los naturales del país.»

La población de la República aumenta, como en todos los países nuevos: natural, es decir, con los nacimientos que en el territorio hay, y artificialmente, es decir, con la emigración, en la Argentina es elemento importantísimo por el número de inmigrantes. Como el problema de la inmigración es de tal trascendencia para el país, y es quizás, sin que haya en ello exageración ni afán de ponderar cosas de mi patria, el país que más se ha preocupado de la suerte que cabe al inmigrante que abandonando su familia y su patria se establece en aquel hospitalario país, donde generalmente forma á su familia y establece allí su hogar, y siendo este hermoso país patria de sus hijos, claro está que es para el inmigrante como una segunda patria

á la cual quiere á veces tanto como á aquella en que nació. Pero el problema inmigratorio lo analizaremos más adelante.

Tócanos ver ahora el desarrollo que ha adquirido el comercio, en el que se ha tenido que luchar con todos los inconvenientes que un país virgen presenta al comerciante, como son la falta de vías de comunicación, la escasez de población y la grandísima extensión del territorio, y sin embargo la República Argentina ocupa un rango importante entre las naciones comerciales del mundo, y el primero entre las de Sud-América.

Los países con los cuales está más ligada la Argentina por los vínculos comerciales son: Inglaterra, Francia, Estados-Unidos de Norte-América, España, Italia, etc.

La exportación de la República es en su mayoría, en la gran producción del país, los cereales, siendo la Argentina una de las naciones proveedoras del mercado de trigo en Europa. Es importantísima también la exportación de cueros, lanas, tasajo, carne congelada y animales en pies.

Decía há poco el Dr. Calzada que la Argentina cuenta con una inmensa riqueza pecuaria, consistente en 100 millones de cabezas de ganado lanar, 25 millones de ganado vacuno y 6 millones de ganado caballar, siendo este último apartado actualmente por los ejércitos francés é italiano para sus remontas.

La exportación de lanas en los años 1898 y 1899, alcanzó un promedio de 200,000 toneladas, y se exportaron medio millón de animales crinos, 350,000 bovinos y 2 millones y medio de carneros congelados, á pesar de lo cual la riqueza ganadera sigue en aumento (1).

El Presidente de la República en 1888, en su Mensaje á las Cámaras decía: se debe á nuestra legislación aduanera, á la supresión de los derechos de la exportación y á las demás medidas adoptadas para auxiliar las industrias nacionales, el desarrollo que adquiere nuestro comercio.

FERNANDO JARDÓN,

Académico correspondiente.

(Concluirá.)

(1) Conferencia del Dr. Calzada en la Sociedad Geográfica de Madrid el 15 de Enero del corriente año.

LA CONQUISTA DE MENORCA EN 1287

MEMORIA DOCTORAL DEL ACADEMICO

D. COSME PARPAL Y MARQUÉS

(Continuación)

Deseaba el rey salir á primeros de Noviembre, y por ello siguió ultimando los preparativos y al terminar Octubre, expidió pasaportes á favor de los que con Annaya Gonçalbi le acompañarian (1) y de los navarros que junto con Pedro Cornel asistían á la empresa (2); extendió el 24 diversas moratorias á favor de los oficiales reales Bernardo de Pinell, Guillem de Mollet, Guillem Colom de Almenar y Guillem de Montalbán que irían con el rey (3); mandó á los hombres de Almacellas, Zaidin y Gimínels que se entendieran con Guillermo Dorca, respecto á los hombres que debían ir á la armada (4) y dió orden, el 27, á Pedro de San Clemente para que entregara á Ramón Marquet el dinero que necesitara y el que cobraría de Mallorca (5) y á Domingo Pérez para que obligara á los hombres de Tárrega y Cervera á pagar 3,000 y 5,000 sueldos respectivamente por la redención de los hombres pedidos para la armada (6).

Por hallarse las arcas reales exhaustas de recursos, fué preciso pedir prestadas distintas cantidades, y á este fin, desde Cervera el 28 de Octubre escribió Alfonso á Berenguer de Finestres y á los judíos de Barcelona, para que le anticipasen 10,000 reales (7) y al Cabildo de Barcelona 30,000 sueldos (8), y el 29 á los hombres de Camarasa, Cubells y Mongay para que pagasen á Boneto Rodellar los 4,000 escudos, producto de la redención de algunos de

(1) Archivo de la Corona de Aragón, reg. 66, fol. 226, v.º

(2) Id. id. id., reg. 66, fol. 228.

(3) Id. id. id., reg. 66, fol. 227. Además de éstos, existen otros en los distintos registros que cito y que si tuvieran que continuarse, formarían pesada lista.

(4) Archivo de la Corona de Aragón, reg. 67, fol. 105.

(5) Id. id. id., reg. 67, fol. 108.

(6) Id. id. id., reg. 67, fol. 108.

(7) Id. id. id., reg. 67, fol. 109.

(8) Id. id. id., reg. 67, fol. 108.

sus hombres (1), habiendo, además, de estas prestaciones la cesión por los catalanes del bovaje (2).

No todos los súbditos estuvieron obligados á contribuir á la expedición, eximiéndose á algunos de tal carga, entre otros, al Comendador de Grañana y á la Orden del Temple, como puede verse en las cartas mandadas desde Tárrega el 10 de Octubre á los bailes y payeses de esta ciudad, Cubells y Camarasa y á Pedro Peregrín para que no obligasen á aquellos á contribuir á los gastos del viaje (3).

El hallarse el rey en Tárrega en el día eitado, demuestra tuvo que desistir de su propósito de salir para Menorca á primeros de Noviembre por comprender, tal vez, que no podían estar reunidos todos los llamados en Tarragona, Denia y Salou, y si bien, según Zurita (4), fueron muchos los nobles que se hallaban en Tarragona en el día señalado, algunas poblaciones aún no habían remitido los hombres ó el dinero pedidos, por lo cual Alfonso escribió el 3 de Noviembre desde Tarragona (5), á Bernardo de Pallas, veguer de Ribagorza, exigiéndole remitiera inmediatamente los 4,000 hombres que daban Ribagorza, Pallas, Tamarit y San Esteban, como soldados del ejército.

De Tarragona pasó el monarca á Salou y allí extendió á Raimundo Escorna, el día 6, un reconocimiento de haber pagado: á Cervera 1,000 sueldos barceloneses: 200 por los gastos que se hacían en dicho puerto y 1,000 por 200 cuarteras de cebada, todo ello para el servicio de la armada (6), y hallándose de nuevo en Tarragona dió orden el 9 á Pedro Peregrín para que pagase á Raimundo de Urgio y Grimaldo de Fonteuberta todo lo que se les debía, á fin de que acudiesen inmediatamente allí para acompañar al rey en su viaje (7), para el cual hicieronse nuevos dispendios, y se recibieron nuevos préstamos, firmándose el 12 en Salou un nuevo reconocimiento á favor de Juan Lope de Isola, testimoniando había entregado á Escorna 280 doblones de oro de Castilla, á cuenta de

(1) Archivo de la Corona de Aragón, reg. 67, fol. 110.

(2) Id. id. id., reg. 70, fol. 17.

(3) Id. id. id., reg. 66, fol. 241.

(4) Ob. y lug. cit.

(5) Archivo de la Corona de Aragón, reg. 66, fol. 245.

(6) Id. id. id., reg. 67, fol. 127, v.º

(7) Id. id. id., reg. 67, fol. 119.

los 6,000 reales jaqueses que Juan Domingo había prometido prestar (1), y el 13 un pagaré á favor de Pedro Garcés, á quien extendió una moratoria por todo el tiempo del viaje con el rey (2), por la cantidad de 500 doblones que había entregado á Marquet para el servicio de la flota (3).

Reconoció, asimismo, el 15 á Pedro de Palacio la entrega hecha á R. Escorna de 2,000 sueldos jaqueses, producto de parte de la redención de los hombres de Camarasa, Cubells y Montgay (4); mandó el 16 al baile y á los hombres de Santa Lña que entregaran ó enviaran los soldados que les pediría Pedro de Palacio para el servicio real ó en su defecto la correspondiente compensación (5); ordenó á Raimundo Cavaller cobrara 500 sueldos barceloneses del abad de Besalú por haber sido prometidos como subsidio (6), y el mismo día, 18 de Noviembre, confió á Guillermo Arnau el encargo de que comprara hasta 3,000 cuarteras de vino de Lña, Murviedro ú otros puntos de Valencia, pues se necesitaban para proveer al ejército (7).

Tales son las noticias, hasta hoy desconocidas, de los preparativos que Alfonso hizo en su territorio para llevar á feliz término su pensamiento, revelando todos ellos su buen deseo de que no fracasara la empresa de conquistar á Menorca.

SALIDA DE LA ARMADA

¿De dónde salió la armada?—Ordenanzas navales.—Roger de Lanria y la Conquista.—Salida de Salou y llegada á Mallorca

¿De dónde salió la armada? Punto es este, que, como otros muchos, ha sido objeto de distintas opiniones: unos, siguiendo á Muntaner (8) aseguran que la flota desde Salou se dirigió á las Baleares;

(1) Archivo de la Corona de Aragón, reg. 67, fol. 124.

(2) Id. id. id., reg. 70, fol. 17.

(3) Id. id. id., reg. 67, fol. 127, v.º

(4) Id. id. id., reg. 71, fol. 1, v.º

(5) Id. id. id., reg. 71, fol. 1, v.º

(6) Id. id. id., reg. 71, fol. 2, v.º

(7) Id. id. id., reg. 71, fol. 2, v.º

(8) Ob. cit., cap. CLXX.

tales son, Zurita (1), Dameto (2), Balaguer (3), Oleo (4), Mr. de Hermilly (5), Sampere y Miquel (6) y Llabrés (7); otros, como Feliu de la Peña (8), Ramis (9), Serra (10) y Bofarull (11), copiando á Carbonell (12), afirman fué Portfangós el puerto de salida; Quadrado (13) cree fué Tarragona, y Campmany (14), con Specialis (15) y Navarréte (16), Rosas.

Ante tan distintos pareceres, muy cómodo resultaría seguir el que más me agradase ó me mereciera más autoridad, si no tuviese el convencimiento íntimo de que la armada salió de Salou, á pesar de no haber ningún documento que de un modo categórico lo confirme. Aplico la crítica á esta cuestión, y ella me descubre cuán cierta es la afirmación de Muntaner y los que le siguen, presentando las siguientes pruebas que la robustecen:

1.º En el documento ya citado, expedido en Huesca el 18 de Octubre de 1286 y que contiene una orden dada á muchos caballeros y ricos hombres para que ellos con sus vasallos aumentaran el ejército real, se les manda á casi todos se reconcentren en Salou y solo á unos pocos en Denia (17).

(Continuará.)

-
- (1) Ob. cit., cap. LXXXI.
 - (2) *Historia del Reyno Baledrico*, tomo II.
 - (3) *Historia de Cataluña*, tomo II.
 - (4) Ob. cit., t. I, pág. 286.
 - (5) *Historia de Mallorca*, part. I, pág. 115.
 - (6) *Tomo dels Jochs Florals de Barcelona*. Año 1895.
 - (7) Id. id. Año 1896.
 - (8) *Anales de Cataluña*, tomo II, pág. 109.
 - (9) *La Alonsiada* (poema), canto I, nota 19.
 - (10) *Historia eclesiástica del principado de Cataluña*, principalmente en lo que pertenece á María Santísima, dedicada por Pedro Serra Postius, Ms. de la Biblioteca Universitaria de Barcelona, tomo I.
 - (11) Ob. y lug. cit.
 - (12) *Croniques de Hespanya*, fol. 106 v.º
 - (13) Ob. cit., pág. 1199.
 - (14) *Memorias sobre la marina de Barcelona*, tomo I, pág. 135, nota 26.
 - (15) *Lib. rer. sicil.*, tomo X, pág. 950.
 - (16) *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo V, págs. 116 y 117.
 - (17) Archivo de la Corona de Aragón, reg. 66, fol. 223, 223 v.º y 224.